

propio parecia de su ministerio religioso este duro sentir y le obligaron á presentarse en la morada del moribundo. Salió Savonarola de Florencia mas recogido en sí mismo que nunca y mas determinado á demostrar toda la energía de su carácter en presencia de aquel tirano herido ya por la justicia de Dios, cuya revelacion comenzaba en los remordimientos y en los dolores de aquella angustiosísima agonía.

En el punto y hora, en que el monje se decidió á ver al dictador, sentíase este mucho mas aliviado, y hasta cierto punto mucho mas alegre. Habia departido con los compañeros y colegas de sus trabajos literarios y encontrado en los recuerdos de otra edad y en la contemplacion de los ideales artísticos y científicos algun beneficioso consuelo. Pico de la Mirándula acababa de hablarle, mostrándole con la versatilidad propia de su ingenio y con la abundancia inagotable de su palabra, desde los secretos del alma hasta los secretos del cielo, como si estuviera él en tranquila Academia y Lorenzo en plena robustez y juventud. Lorenzo, que acababa de recibir á su hijo Pedro, heredero de su poder y de su gloria, y que, al recibirle, acababa de buscar las últimas pavesas de su conciencia y de su entendimiento para darle toda suerte de sabios consejos, sentia agotadas sus fuerzas en aquella empresa, y encontraba un poco de distraccion, de regocijo, de calma en las disertaciones de Pico de la Mirándula y en los diálogos y coloquios con su inagotable fantasía. En tal estado de ánimo le anunciaron la visita de Jerónimo Savonarola, é inmediatamente mandó que le recibieran y que le llevaran hasta el borde mismo de su lecho. Atravesó el monje, vestido de su tosco sayal, cubierto con su espesa y sombría capucha, calzado con sus pobres sandalias de peregrino, metidas ambas manos en las mangas, inclinada la cabeza sobre el pecho, los ojos casi apagados por el centelleo tempestuoso de las ideas, la voz casi anudada en la garganta por el poder de la emocion, trémulo al sacudimiento eléctrico de sus sublimes pasiones, aquellas estancias atestadas de objetos artísticos, cuya preciosa acumulacion venia como á demostrar que hasta las artes, hasta esas hijas predilectas del cielo, se degradaban bajo la tiranía y se prostituian y entregaban al vicioso poder y á la caprichosa voluntariedad de los tiranos. Pero, al verse en presencia de un moribundo, al sentir cómo la muerte lo envuelve todo en sus misterios, al considerar extendida una guadaña sobre aquella ca-

beza y abierto el abismo de la eternidad bajo aquellas plantas, Savonarola sintió respeto y consideracion, y bajó por vez primera la frente á la agonía, cuando jamás quisiera bajarla en otro tiempo á la fortuna y al poder. Tres grandes pecados tenia que confesar, tres pecados, de los cuales necesitaba remision para morir en paz. Savonarola, entonces, le habló con mas elocuencia que en ninguna otra ocasion de Dios y de sus atributos, y le hizo comprender que, entre estos, el mas propio de la bondad divina y el mas pródigo para la flaqueza humana, era el atributo de su misericordia. Confortado con tales reflexiones, en cuyo fondo latia mucha piedad y mucha clemencia, declaró Lorenzo de Médicis los tres pecados, que mas apenaban sus últimos atribulados momentos, y que mas argüian su mordida conciencia. Eran estos la acaparacion del Monte de Piedad para las doncellas que arruinara á tantas florentinas; la venganza de la conjuracion de los Pazzis que vertiera tanta sangre; el saco de Volterra que causara á esta ciudad innumerables daños. No puede describirse la agitacion que, en este instante, sobrecogiera á Lorenzo de Médicis. Sobrepuestos los nervios por la consiguiente debilidad y flaqueza de sus fuerzas; enardecida la sangre por el calor y sobrecitacion de su fiebre; ardientes los ojos con las visiones apocalípticas de la postrer agonía, pasaron en vision terrible las huérfanas á quienes su codicia empobreciera; los Obispos y caballeros á quienes su crueldad colgara; las ciudades violadas, consumidas en parte por el incendio y en parte pasadas á cuchillo por sus deseos de dominacion y por su soberbio poderío. Las lágrimas, que caian de los ojos enrojecidos, tornábanse rios de plomo hirviente en que se anegaba su cuerpo; los gritos de los moribundos taladraban con terribles taladros sus sienas febriles; los crímenes, con que asegurara el poder y venciera la libertad, se enroscaban por sus miembros. Todos los infiernos de todas las religiones y todos los demonios de todas las teogonías se aglomeraron de tal suerte en aquel supremo remordimiento que lo desgarraban con furor y le producian como una incesante convulsion, hasta el extremo de parecer aquella la última hora de su vida y la primera de su castigo. Confortóle Savonarola, volviéndole á recordar la misericordia divina con grande uncion, para decirle tambien con verdadera severidad que necesitaba obligarla por tres holocaustos. Abrió el desgraciado sus oidos, despues de haber preguntado cuáles eran estos tres holocaustos. Al tener que



contestar, la figura de Savonarola se agrandó, fulguraron sus ojos, extendiéronse sobre la frente del moribundo sus manos; y echada la cabeza atrás, y trémulos todos sus miembros, agigantábase y confundíase casi con la grandeza de las palabras que, en aquellos supremos momentos, iba solemnemente á pronunciar. Lorenzo le miraba con extrañeza y con angustia; y no sabia si estaba delante de la divina misericordia ó de la divina justicia; pero sí sabia que estaba delante de algo misterioso y sublime. «Precisa, exclamaba Savonarola, una confianza completa en la misericordia de Dios» Y Lorenzo le aseguraba con afirmaciones acentuadas y movimientos de cabeza continuos que su confianza en Dios era absoluta. La fe mayor le sostenia en aquel trance, y le auxiliaba con fortísimo auxilio en su muerte, y aprovechando estas palabras para ponerlas á prueba y tocar por experiencia su veracidad, díjole Savonarola que precisaba restituir á los pobres todo aquello de que les hubiera despojado. A pesar de encontrarse Lorenzo en el momento supremo de la completa desnudez, sintió que con tal palabra le atravesaba el corazon; y privado de habla por la fuerza misma del dolor que le oscurecia los ojos y le trababa la lengua, manifestó su asentimiento con una expresiva inclinacion de cabeza y apuró hasta las heces el cáliz de la amargura. Despues de esto Savonarola tomó, si cabia, mayor solemnidad aun. Su aspecto era en aquel momento tan severo que el pobre moribundo debía ver en su rostro las señales del último inapelable juicio. En efecto, arrugábase su frente como si la surcase una idea sobrenatural; relampagueaban sus ojos como si obedeciesen á una tempestad interior; aspiraban sus narices entreabiertas como un aire celeste; y sus labios vibraban, cual si no pudiesen contener el verbo divino que les henchia; porque habia visto en presencia de aquella especie de monarca, que no hay cosa tan corruptora de los pueblos y tan perversa en sí misma como la tiranía, capaz de extinguir las inspiraciones del genio en la ciudad de los milagros; y clamó con clamor, que se diria bajado de las alturas, estas sublimes palabras: «Devolved la libertad á Florencia.» En pocas ocasiones se mostrara tanto la alteza de su ánimo y la claridad de su vista interior como en esta ocasion suprema. El sacrificio mas acepto á los ojos de Dios, el bien mayor que podia hacerse á los hombres, la obra suprema de un estadista, la redencion de toda una vida es romper cadenas, manumitir esclavos, emancipar almas

opresas, devolver al hombre sus derechos, entregar á los pueblos su soberanía, hacer que la humanidad recobre los timbres de su divino origen y se acerque al ideal oculto en los inmensos cielos. Si Lorenzo de Médicis fuera digno de una gloria purísima, reservada en el mundo á los que no han oprimido jamás, hubiera llamado á su hijo, para decirle que aquel poder hereditario, semi-monárquico, no bien conocido en sus límites, no bien probado en la experiencia, grande en tiempo de Cosme, pero expuesto en manos de sus sucesores á una disminucion y á una deshonra, debía cesar desde aquella hora para que él pudiese obtener los galardones de la divina misericordia, y dormir en paz el sueño eterno. Lorenzo, mas apegado aun á la tiranía que á la vida, mas temeroso del desamor de sus hijos que del castigo de su Dios, mas pronto á perder el cielo para sí que el poder para su familia, volvióse de espaldas y no contestó una palabra, ni una sola ¡ay! á los solemnes conjuros del tribuno. Y Savonarola no le absolvió, y no lo absolverá la historia. Poco despues de esta escena, el 8 de abril del año 92 del siglo décimoquinto, murió Lorenzo de Médicis. Bien puede decirse que á la hora de su muerte estaba fundada ya la tiranía, y como fundada la tiranía, con razon anunciaba Savonarola en tremendas y apocalípticas palabras, un próximo azote aparejado por Dios para ejemplar castigo de Italia y de Florencia. 10 26/1004